



Javier Puebla escritor

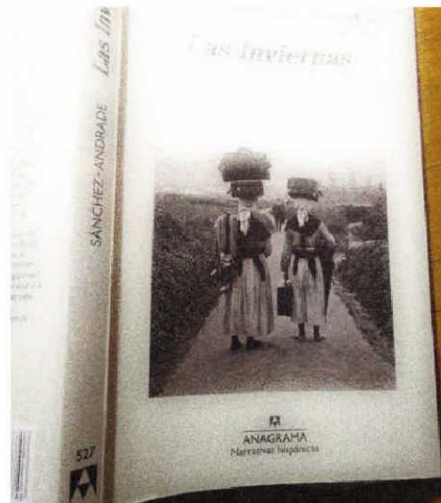
**bajo mi sombrero**

# El libro más bonito que he leído jamás

**Me sucede** de modo inopinado, no estaba buscando un libro que me pareciese bonito, es más: no suelo utilizar ese adjetivo para calificar un libro. Y sin embargo....

Y sin embargo termino de leer *Lionel Asbo*, de **Martin Amis**, y dejo que mis dedos bailen sobre los lomos de los libros sin leer, hasta que me decido por uno: *Las Inviernas*, de **Cristina Sánchez-Andrade**. Doy los primeros pasos sobre sus páginas con cierta prevención, conozco a la autora, es prima hermana de una mis mejores amigas: **Luisa Sánchez-Andrade** de San Severiano. Así que avanzo con desconfianza, las primeras páginas, cinco, ocho, diez... hasta que sin darme cuenta ya estoy completamente atrapado por el hechizo del lenguaje, y por el mundo que Sánchez-Andrade me está dando a conocer.

En la página treinta, o quizá cuarenta, me paro, cierro el libro, miro la portada: la foto en blanco y negro de dos mujeres españolas a mediados del siglo pasado, leo el título en voz alta: *Las Inviernas*; suena maravillosamente bien. Regreso al interior, avanzo unas líneas y vuelvo a salir para acariciar con la mirada la foto, el lomo de la novela, el título otra vez... "Es el libro más bonito de un autor español que he leído jamás", musito tan sorprendido como feliz. Durante un instante busco en mi memoria posibles competidores, pero no me viene ninguno a la cabeza. No me ape-



**Suelo olvidar enseguida las historias que leo, pero creo que con 'Las Inviernas' no me pasará**

tece pensar, sólo leer, seguir leyendo *Las Inviernas*. Avanzo otra veintena de páginas y vuelvo a cerrar el libro, para mirar la portada y el título otra vez. "Quizá sea el libro más bonito que he leído jamás, no ya de un autor español, sino de cualquier nacionalidad". El pensamiento me coge por sorpresa, y esta vez sí que me detengo buscando competencia para el ganador de "El libro más bonito que he leído jamás".

No soy capaz de encontrarla. Sólo quiero regresar a la pequeña aldea gallega adonde han vuelto *Las Inviernas* tras largos años de ausencia, el lugar donde su abuelo compraba a sus paisanos el cerebro para poder estudiarlo cuando hubiesen muerto. Hay humedad y cercanía, ruidos extraños, miradas de amor entreveradas con odio, vacas y largas horas de trabajo, sueños de celuloide y dentaduras postizas... Y avanzo y avanzo por una Galicia fascinante que Cristina conoce no como barro que ha manchado sus manos y pies, pues apenas ha vivido allí, sino como música transmitida de generación en generación, historias que le han contado desde niña y ella ha plantado en su interior para dejarlas crecer.

Quizá *Las Inviernas* no sea el libro más bonito que he leído jamás, o quizá sí, no lo sé. Pero mientras leía, y como ya he explicado más arriba, me ganó esa sensación de belleza incomparable. Y ahora que ya han pasado tres semanas desde que lo terminé, *Las Inviernas* sigue en mi corazón y —lo que es más raro— en mi memoria: suelo olvidar enseguida las historias que leo, pero creo que con *Las Inviernas* no me pasará, porque cuando pienso en la novela vuelvo a la aldea y recuerdo olores y sonidos, también fríos en el cuerpo, o el brillo en los ojos de "la invierna Lola", como si realmente yo también hubiera vivido allí. ■